

ROBAR UNA BOLSA DE PAPAS FRITAS Y OTROS DELITOS DE RESISTENCIA

VICTOR RIOS
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

STEALING A BAG OF POTATO CHIPS AND OTHER CRIMES OF RESISTENCE

Publicado originalmente en: Contexts, 11(1), 2012, 48-53. Traducción al español por Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP)

PALABRAS CLAVES: delitos de resistencia | jóvenes | respeto
KEYWORDS: crimes of resistance | young people | respect

A Ronny lo llamaron para una entrevista de trabajo en Carrows, una cadena de restaurantes que servía solomillo y camarones a 9,99 dólares. Me llamó para pedirme ayuda. Le presté una camisa de vestir blanca y limpia, que había comprado en una tienda de descuento cuando trabajaba como camarero en un restaurante de carnes durante mis años de estudiante. Convencí a Ronny para que se pusiera unos caquis ajustados, en lugar de sus habituales vaqueros holgados. Aceptó, con la condición de llevar sus Nike Air Force Ones blancas, unas zapatillas de baloncesto muy populares en aquella época. Estas zapatillas han estado de moda en el entorno urbano desde principios de los años ochenta. En 2002, un famoso rapero, Nelly, creó una popular canción llamada "Air Force Ones", y famosos jugadores de baloncesto, como Kobe Bryant, llevaban estas zapatillas durante los partidos. Los jóvenes negros y latinos de Oakland a veces incluso los llevaban a eventos más formales, como las fiestas de graduación del instituto, los cumpleaños de 15 y los casamientos. Le pregunté a Ronny por qué insistía en llevar esas zapatillas en un entorno profesional. Respondió: "Porque los profesionales los llevan". Muchos de los chicos con los que trabajé en mi investigación creían tener una idea clara de lo que era un comportamiento cortés, profesional y "bueno". A pesar de sus intentos de presentarse con buenos modales y buena moral, su idea de comportamiento profesional no coincidía con las ideas dominantes de comportamiento profesional. Esto, a su vez, creaba lo que yo llamo un *reconocimiento erróneo*. Cuando los chicos mostraban un interés genuino por "ir por la vía legal", conseguir un trabajo o ir bien en la escuela, los adultos a menudo no podían reconocer sus intentos positivos y, por tanto, los criminalizaban.

Los chicos habían crecido en un entorno que les había privado del capital social y cultural que necesitaban para progresar en la escuela y en el mercado laboral. Por lo tanto, desarrollaron su propio capital social y cultural alternativo, que utilizaron para sobrevivir a la pobreza, persistir en una ecología social violenta y punitiva, prevenir la violencia, evitar el encarcelamiento e intentar encajar en las instituciones convencionales. La especialista en educación Tara Yosso desarrolla un marco para entender y utilizar el capital que desarrollan las comunidades marginadas, lo que ella denomina *riqueza cultural comunitaria*. Sostiene que las comunidades marginadas siempre han generado una riqueza cultural comunitaria que les ha permitido sobrevivir y resistir. El sociólogo Martín Sánchez-Jankowski ha hablado recientemente de la capacidad de los pobres para organizar su mundo social y mantener el orden social como “persistencia”. Según Sánchez-Jankowski, en contra de la creencia académica popular de que los pobres viven en un mundo desorganizado en el que tienen una capacidad limitada para generar “eficacia colectiva” (la capacidad de una comunidad para resolver sus propios problemas sociales), los pobres urbanos configuran sus comportamientos en torno a dar sentido y crear un orden social dentro de un contexto marginal. *El capital orgánico*, por tanto, es la respuesta creativa que los chicos de este estudio desarrollaron en medio del bloqueo de oportunidades y la criminalización. Sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones, estos esfuerzos no suelen ser bien recibidos por las instituciones convencionales.

La historia de Ronny es indicativa de cómo muchos de los chicos intentaron acceder a las instituciones convencionales, pero fracasaron. Al encontrarse con el rechazo, volvieron a las estrategias de resiliencia

y supervivencia que habían desarrollado en sus barrios. Seguí preparando a Ronny para su entrevista, ayudándole a desarrollar un capital cultural "aceptable". Nos preparamos con preguntas simuladas: "¿Por qué quiere trabajar para nosotros?", le pregunté. Respondió: "Soy muy trabajador". "Es un buen comienzo", dije. "¿Qué tal si ampliamos eso y les decimos que también eres un jugador de equipo y que te gusta el ambiente del restaurante?"—Ronny asintió. El día de la entrevista, entré en el restaurante separado de Ronny. Para calmar sus nervios le dije: "Estás muy bien, che. Este trabajo es tuyo". Tenía un aspecto elegante: un joven afroamericano alto, atlético, carismático, vestido profesionalmente y con un encantador hoyuelo cada vez que sonreía. Estaba seguro de que conseguiría el trabajo. Me senté a almorzar en una mesa, en un intento de observar cómo se entrevistaba a Ronny. Miré el menú y, con un nudo en el estómago, nervioso por Ronny, pedí lo que sabía que acabaría dándome un dolor de estómago peor: una Mile-High Chipotle Southwest Burger. Me senté a unos seis metros de la mesa en la que Ronny se sentaba con una gerente. Ronny trató de usar su carisma para conectar con la gerente, pero ella mantuvo la distancia y no miró a Ronny, aparentemente sin interés en lo que tenía que decir. Al final de la entrevista, Ronny se levantó bruscamente y se alejó de la gerente, sin estrechar la mano ni sonreír. Salió a la calle. Pedí mi hamburguesa para llevar, pagué la cuenta y me reuní con él en el estacionamiento. Mientras me dirigía a la puerta, me giré para mirar en dirección a la gerente, que estaba saludando a un joven blanco. Ella sonrió, le dio la mano y le ofreció un lugar para sentarse. El primer contacto de Ronny con ella no fue tan amistoso. Salí al encuentro de Ronny, que se sentó en el capó de mi automóvil.

Pedí un resumen. Me dijo que tenía un buen presentimiento y que parecía gustarle a la gerente. Le pedí que me contara la entrevista. Había seguido el plan a la perfección. Estaba orgulloso de él. "Has seguido el plan. Has hecho un gran trabajo", le dije. "¿Por qué no le diste la mano cuando te fuiste?", le pregunté. "Porque", respondió Ronny. "¿Por qué no?", lo regañé. "Porque era una mujer blanca. Se supone que no debes estrechar la mano de una mujer blanca. Tienen miedo de un negro. Piensan que voy a tratar de tomar su mierda o de joderlos. Sólo dije gracias y me fui". Ronny no consiguió el trabajo.

Ronny hizo todo lo posible para conseguir el puesto, pero los limitados recursos de que disponía para mostrar respeto pueden haberle impedido conseguir el trabajo. En este caso, creyó que no estrechar la mano de la gerente sería una muestra de respeto; en cambio, Ronny podría haber sido percibido como un chico maleducado incapaz de mantener un empleo en un entorno de restaurantes. Le pedí a Ronny que me contara cómo aprendió a no dar la mano a las mujeres blancas. Me contó que sus profesoras blancas le habían pedido que mantuviera las distancias, que las mujeres blancas de la calle se agarraban los bolsos cuando lo veían pasar y que las vendedoras blancas de las tiendas lo observaban con nerviosismo cuando entraba en un establecimiento. Ronny había sido socializado desde joven para sobrecompensar con las mujeres blancas para demostrar que no intentaba hacerles daño o faltarles al respeto. Este comportamiento puede haber sido el resultado de las expectativas estereotipadas de los hombres negros como delincuentes y agresores sexuales, profundamente arraigadas en la cultura estadounidense.

Ronny solicitó varios trabajos. Tras una docena de solicitudes y tres entrevistas fallidas, se desanimó. Me contó que otros gerentes le habían

preguntado por sus “hábitos de consumo de drogas” y sus “antecedentes penales”. Ronny decidió abandonar el proceso de búsqueda de empleo y, en su lugar, invirtió 20 dólares en DVD piratas; unas horas más tarde, había ganado 50 dólares con las películas copiadas ilegalmente. Reinvirtió los 50 dólares en una mochila llena de DVDs pirateados y, al cabo de unas semanas, Ronny había ganado lo suficiente para comprar unos cuantos pares nuevos de Air Force Ones brillantes. Sin embargo, las seis o diez horas que pasaba frente a la tienda de comestibles, esperando a los clientes para sus DVD, le hacían ganar unos míseros 20 o 30 dólares al día; sin duda, no valía la pena el riesgo de ser detenido por un delito federal.

Aun así, Ronny, como muchos de los otros chicos, prefirió asumir el riesgo del encarcelamiento y los bajos salarios que le otorgaba esta actividad empresarial clandestina para evitar el estigma, la vergüenza y el sentimiento de fracaso que le producía el proceso de solicitud de empleo. El desconocimiento de los intentos genuinos de hacer bien las cosas en la escuela, el mercado laboral o su programa de probation condujo a la frustración, y a la producción de alternativas en las que el capital orgánico de los chicos pudiera tener un uso productivo.

Identidades de resistencia

Al sentirse excluidos de una red de credenciales positivas, educación y oportunidades de empleo, los jóvenes desarrollan respuestas creativas que les proporcionan las herramientas necesarias para sobrevivir en un entorno en el que se les ha dejado atrás y en el que se les criminaliza constantemente. *Las identidades de resistencia*, según el sociólogo Manuel Castells, son las creadas por las poblaciones subordinadas en respuesta a la opresión. Estas identidades operan

“excluyendo al excluyente”. Algunos, como los chicos que he estudiado, desarrollan prácticas que parecen abrazar la criminalidad como medio de impugnar un sistema que los considera delincuentes. Del mismo modo, el sociólogo Richard Quinney sostiene que los pobres cometen delitos como el robo como “actos de supervivencia” en un sistema económico en el que su bienestar no se ve satisfecho por otros medios colectivos. Además, sostiene que algunas personas pobres y de clase trabajadora cometen “delitos de resistencia”, como el sabotaje de los equipos del lugar de trabajo y la destrucción de la propiedad pública, como forma de protesta contra sus condiciones económicas.

Los jóvenes de este estudio participaron constantemente en actos cotidianos de resistencia que desconcertaron a profesores, policías y trabajadores de los centros comunitarios. Desde la perspectiva de los adultos, estas transgresiones y pequeños delitos eran ridículos: el riesgo de ser descubierto era alto y el beneficio derivado del acto desviado era minúsculo. Esta frustración llevó a los adultos a abandonar la empatía con los chicos y a aplicarles sanciones más duras. “Si van a actuar como idiotas, voy a tener que darles el hachazo”, explicó uno de los policías del grupo especial de bandas.

Muchos de los adultos que entrevisté creían que la rebeldía de los chicos era “estúpida”. Los comentarios sarcásticos se sucedían a menudo cuando un joven infringía a propósito una simple norma, lo que le llevaba al ostracismo, a ser expulsado de la clase o incluso a ser detenido. ¿Por qué los chicos romperían las reglas más simples sabiendo que habría graves consecuencias? Para los chicos, sin embargo, romper las reglas era resistirse a un sistema que parecía estar en su contra. En muchos sentidos, la criminalidad era uno de los pocos recursos que los chicos podían utilizar en respuesta a la criminalización.

La bolsa de papas robada

Una tarde de otoño, me reuní con Flaco, de quince años, un joven latino asociado a las bandas del este de Oakland. Nos unimos a tres de sus amigos mientras caminaban hacia su lugar habitual de reunión después de la escuela, Walnut Park. Decidieron hacer una parada en la licorería Sam's. Entré con ellos y me fijé en un cartel que decía: "Sólo se permiten dos jóvenes a la vez en la tienda". Me di cuenta de que estaban infringiendo la norma de la tienda al entrar en grupo de cuatro y fingí que entraban por separado para ver cómo respondía el encargado de la tienda a su transgresión. Me quedé en la parte de atrás de la tienda mientras el Flaco caminaba por el pasillo de las chocolatinas, manteniendo una buena distancia entre él y los Snickers, Twix y Skittles, para demostrar al empleado, que ya le estaba mirando fijamente, que no estaba intentando robar. Agarró una chocolatina, la mantuvo alejada de su cuerpo, caminó unos pasos y la colocó sobre el mostrador. Muchos de los chicos de este estudio solían mantener la distancia en los pasillos de dulces o refrescos de las tiendas para demostrar que no intentaban robar. Los empleados de las tiendas de los barrios que estudié eran siempre aprensivos con los clientes: vigilaban a la gente desde el momento en que entraba, tenían instaladas cámaras de vigilancia y un empleado había grabado fotos suyas con un AK-47. Es posible que el dependiente de Sam's estuviera preocupado por el hecho de que el exceso de niños en su tienda le impidiera vigilarlos a todos.

El empleado, un hombre calvo, de mediana edad y de origen asiático, señaló la puerta y gritó: "¡Sólo se permiten dos jóvenes a la vez en la tienda!". Los tres jóvenes que estaban en la cola para pagar sus

artículos miraron al empleado y a los demás. Mike, el más cercano a la entrada, respondió: "No estamos haciendo una mierda". El empleado respondió: "¡Voy a llamar a la policía!". Mike cogió una bolsa de veinticinco céntimos de Fritos Flamin' Hot, la levantó delante de la cara del empleado y le dijo: "¿Ve esto? Iba a pagarlo, pero ahora no voy a pagar una mierda, estúpido hijo'puta". Salió corriendo de la tienda con la bolsa de papas, mientras el encargado llamaba a la policía. El resto de los jóvenes dejaron los bocadillos que estaban en la fila para comprar y salieron corriendo. Me acerqué al vendedor de la tienda y le di una moneda para Mike, que había robado las papas. Enfurecido, el empleado dijo: "Es demasiado tarde. La policía está en camino para atrapar a estos ladrones".

No pude localizar a los chicos hasta unos días después. Cuando me encontré con Flaco, me informó de que la policía había detenido a Mike ese día por robar la bolsa de papas fritas de veinticinco céntimos. Tras entrevistar a los jóvenes y observar las interacciones del empleado del comercio con ellos en los días y semanas posteriores a este suceso, descubrí que el comportamiento "irracional" de Mike había cambiado realmente la forma en que el empleado de la tienda interactuaba con los jóvenes. Los chicos creían que el empleado había empezado a tratarles con más respeto: evitaba provocar interacciones negativas con los chicos, incluso si eso suponía permitir la entrada de algunos jóvenes más de lo que las reglas permitían. Aunque incluso los compañeros de Mike creían que sus acciones eran una "locura", también reconocían que algo importante había cambiado. Por ejemplo, Flaco pensó que Mike había exagerado, pero gracias a Mike, Flaco se sintió respetado por el dependiente de la tienda la siguiente vez que entró en ella: "Mike la cagó. Ese día se comportó como un hippie [loco]. Le debería haber

pagado al tipo (...) Pero debido a lo que hizo, mis perros y yo entramos en la tienda y el tipo no dijo nada. Entramos todos como cinco hasta el fondo, como '¿qué?', y el tipo ya no dice nada".

Cuando le pregunté a Mike por qué había robado la bolsa de papas fritas, me respondió: "Ese estúpido estaba derrapando. Debería haber venido con respeto. Iba a pagarle. Tú viste, tenía el dinero en la mano (...) Ese idiota sabe que no debe joder más con nosotros (...) Sí que me han atrapado por eso, pero no importa. Me dieron una probation y todo eso. Me quedaré tranquilo ahora ya que ese estúpido se quedará también tranquilo". En la visión del mundo de Mike, luchar por la dignidad a costa de renunciar a su libertad había merecido la pena. Aunque las acciones de Mike le llevaron a comprometerse con el sistema de justicia penal, era muy consciente de este riesgo cuando robó la bolsa de papas fritas. Se había frustrado por el trato recibido en la escuela, por la policía y luego en el almacén. Esta frustración, y un profundo deseo de sentirse respetado, llevaron a Mike a exponerse voluntariamente al encarcelamiento. Al final, Mike perdió su libertad, quedando bajo la supervisión del sistema de justicia penal. Sin embargo, Mike ganó un sentido de dignidad para sí mismo y para sus compañeros.

También le pregunté a Mike: "¿Por qué no robaste algo más caro?". Me dijo que lo había pensado, pero que, en ese momento, no le importaba lo que se llevaba. Quería demostrarle algo al empleado: "No me jodas". No se trataba de ahorrar una moneda, ni de acumular la mercancía más valiosa que pudiera conseguir, ni de robar porque era pobre y quería comer una bolsa de papas fritas. Aunque puede haber tenido el deseo de alguna o todas las anteriores, robó las papas para redimirse por haber sido avergonzado y sentirse irrespetado. Al final, a

pesar de enfrentarse a un nuevo castigo, Mike y sus amigos sintieron que sus acciones no fueron en vano; habían ganado una pequeña batalla en una guerra que estaban cansados de perder. Las figuras de autoridad esperaban que los chicos siguieran sus reglas, y los chicos expresaron un profundo deseo de "ser dejados en paz" y permanecer libres; uno de los únicos recursos que tenían para sentirse respetados dentro del sistema era participar activamente en comportamientos que desafiaban las reglas del juego. Esto, a su vez, condujo a una mayor criminalización y un erróneo reconocimiento.

El desafío como resistencia

El desafío constituyó un éxito temporal para los chicos. Observar las interacciones entre los chicos y las figuras de autoridad era a menudo como ver una partida de ajedrez a escala real, con una torre moviéndose estratégicamente en respuesta al movimiento de una reina. Un agente de policía salía del patrullero, los chicos posaban; un agente agarraba a un joven, sus amigos se preparaban para correr; un policía humillaba a uno de los chicos, y éste respondía no cooperando o devolviendo las palabrotas. Mientras un lado se movía para reprimir, el otro se movía para resistir. Los chicos eran casi siempre capturados y eliminados del tablero, pero no antes de haber invadido el territorio del adversario, cambiando, aunque fuera sutilmente, la partida.

Mike y Ronny buscaban algo más allá de la gratificación inmediata. No querían seguir las normas para obtener recompensas sociales como una buena nota, una bolsa de papas fritas legítima, completar un programa de probation o convertirse en un ciudadano "normal". En cambio, los chicos eligieron un camino que al principio parecía inútil e ignorante, un camino autodestructivo que les llevó a más problemas

pero que finalmente les proporcionó un sentido de agencia y dignidad frente a la criminalización.

Al burlarse del sistema, estos jóvenes adquirieron una sensación de empoderamiento. Sin embargo, estas mismas estrategias echaron leña al fuego de la criminalización. Muchos se dieron cuenta de que estaban avivando activamente ese fuego, pero creyeron que valía la pena las consecuencias negativas. Mantener el sentido de la dignidad—sentirse aceptado y respetado—fue una lucha central. Los chicos eligieron conscientemente luchar por su dignidad, aunque eso supusiera arriesgar su libertad.

Delitos de resistencia

Muchos de los jóvenes se “hicieron los tontos” como estrategia para desacreditar la importancia de un sistema que los había excluido y castigado. Estas políticas desviadas atrajeron la atención del complejo de control juvenil, frustrando a sus agentes: la policía, el personal escolar y otros. Esta frustración condujo a más castigos, lo que llevó a una crisis de control más profunda en la comunidad. Al final, fue esta crisis de control, cuando las instituciones no fueron capaces de proporcionar una cantidad suficiente de orden social, lo que los jóvenes percibieron conscientemente como un resultado exitoso de su rebeldía. Como dijo el Flaco, “intentan regularme, ¿no? Así que si no pueden regularme, significa que no están haciendo su trabajo. Así que mi trabajo es no—¿cuál es la palabra?—confirmar [conformarse]”.

Los chicos eligieron sistemáticamente actuar “mal” en circunstancias en las que los adultos esperaban que actuaran “bien”. Casi todos los actos que condujeron a una detención por violar la

probation se cometieron como actos conscientes de resistencia; en los relatos de los chicos, sabían que se enfrentaban a graves consecuencias, pero decidieron romper las reglas para dejar constancia de ello. Puede que fuera su forma de resistirse a lo que percibían como un trato y un castigo injustos. Estas transgresiones les sirvieron como recurso para sentirse empoderados y para resarcirse de las humillaciones, los estigmas y los castigos a los que se enfrentaban incluso cuando se portaban “bien”. Debido a que informaron de que cometieron sus transgresiones como una forma de “vengarse del sistema”, como explicó Ronny, llamo a estos actos *política desviada*, con lo que me refiero a las acciones políticas—la resistencia—que los jóvenes etiquetados por la sociedad como “desviados” utilizan para responder al castigo que encuentran de forma ubicua.

Los chicos que se resistían solían sufrir consecuencias reales y drásticas. A veces, ni siquiera se daban cuenta de que se estaban resistiendo. A menudo, simplemente, como ellos lo llamaban, “se hacían los tontos”, lo que significa que actuaban “mal” por el mero hecho de ser “malos”. Este tipo de prácticas tuvo pocos resultados positivos a largo plazo para los chicos del estudio.

En un entorno en el que había pocas vías formales para expresar la disconformidad, que los chicos consideraban extremadamente represiva, desarrollaron formas de resistencia que creían que podían cambiar, aunque fuera temporalmente, el resultado de su tratamiento. Los chicos creían que habían conseguido resarcirse del control social punitivo al que se habían enfrentado adoptando una subcultura de resistencia basada en engañar al sistema. Sus delitos de resistencia, que no tenían sentido para el sistema, eran plenamente reconocibles para quienes habían sido mal reconocidos y criminalizados.